



RELATOS OCAÑEROS, de Oswaldo Carvajalino Duque UN MURMULLO DE HISTORIAS ANTIGUAS

Fabiola Quintero Uribe

Las callecitas de cada pueblo tienden a parecerse, pero las calles de Ocaña van en contravía, como si hubieran sido trazadas para la emboscada. En cada una de ellas late este principio y en sus gentes, un murmullo de historias antiguas siempre en picada. Volver a deletrearlas fue la tarea en la que se empeñó Oswaldo Carvajalino y por los resquicios de su pluma, vuelta un taciturno lapicero, iba y venía tejiendo borradores, sin prisa, sin afanes. Mientras pulsaba el relato de dos famosas damas provinciales, la casona colonial que estas habitaron en la plaza central de Ocaña, se fue deformando hasta volverse un laberinto de tenderetes polvorientos. Ahí se erige todavía como una momia que alza un dedo y señala el aroma que tapiaron sus paredes, sin que nadie se percate.

Para ello pervive la habilidosa nariz de un escritor como Oswaldo, para rescatar de las sombras de la memoria los aromas y tatuarlos con poesía, aun cuando rayen con lo nauseabundo, porque suele ocurrir que todas las cosas del mundo se tornan con facilidad malolientes aquí y allá, sin importar el sitio. Para el caso, el narrador olfatea un lugar que fue origen de sus ancestros y nos trae de vuelta una melancolía espinosa, que atiza el corazón de todos aquellos que acunaron con fervor los solares de esta tierra.

En el arco del tiempo y por una traviesa paradoja, cada vez que Oswaldo urdía un cuento se iba desfigurando el rostro del pueblo, al punto que al terminar sus oficios escriturales ya no quedaba intacta ninguna casa de sus recuerdos, excepto una que le fue prestada a última hora con el nombre “Calderón de la Barca” pintado en su frontis, y que da título a uno de sus cuentos. Se mantiene en pie por un extraño artilugio, como si el poeta español avezado en teatro, caballero de la Orden de Santiago e insigne literato barroco del Siglo de Oro, quisiera recordarle a los ocañeros y a cada lector, que “La vida es sueño”, como bien reza uno de sus dramas. Caerá esta casona también, alguna vez, y sin embargo eso que solemos llamar vida con tanto arrojo, seguirá siendo sueño. Puro lenguaje.

Se sale siempre con la suya para hacerle el quite al vacío y en el intento, todo lenguaje crea sueños a punta de ritmos letrados. Así que, este libro que tiene entre sus manos le abre personajes que en vida retorcieron sus sueños y pelearon con su nombre, o que se plegaron a sus convenciones y símbolos para poder gozar del fuego de una rosa, o que se sustrajeron a la inercia e hicieron de sus vidas puntos suspensivos, mientras a otros las calles de Ocaña les iba tendiendo su emboscada. Quedaron todos vueltos historia pasajera, un pie de página en algún periódico de poca monta, o como dramas cotidianos sin descanso, enterrados en el olvido de las horas. Sin embargo, el poeta los azuza de nuevo y les insufla Vita Nova, nueva vida, milagrosa.

Parafraseando un aforismo podría decirse que no fue necesario que el narrador saliera de casa, sólo se quedó sentado en su mesa y oyó. Ni siquiera oyó, sólo esperó, en silencio y soledad. Esperó años. Fue entonces que el mundo de Ocaña se le ofreció por sí mismo para ser desenmascarado, y arrobado, se retorció ante él para ser de nuevo escrito con sutileza.



...

Fabiola Quintero Uribe

...